

# EN PUNTO

una compañía fija? ¿Qué tipo de actores la constituirán? ¿Y las obras? ¿Responderán a un criterio de investigación —o sea, de ensayo— o serán obras más o menos consagradas y no estrenadas para el gran público?

Supongo que dentro de poco tendremos respuestas para esas preguntas. Llegado el caso, será cosa de comentarlas. Pero ahora, aun con lo poco que sabemos, sabemos suficiente para certificar y apostillar un hecho fundamental: la desaparición del Beatriz como Teatro Nacional de Cámara y Ensayo.

No hay por qué prejulgar lo que Antolín vaya a hacer en el Español. Ya lo veremos, y ojalá sea bueno. Si, en cambio, podemos lamentar la muerte cultural del Beatriz. La muerte del teatro que, en sus escasos meses de plenitud, señaló lo que podría ser en España un teatro más abierto, más libre y más joven.

El Beatriz, como es sabido, empezó su etapa de Teatro Nacional sin fuerza. Se había pensado que podía ser el teatro donde se estrenaran obras de jóvenes autores españoles, pero la selección de tales obras fue, en general, totalmente desafortunada. Se buscó un teatro nuevo, pero domesticado y viejo, a través del cual no se respiraba ninguna de las características que eran propias de un Teatro de Cámara de nuestra época. Vino luego la designación de Víctor Aúz. Y bastó que se pusiera a hablar con los nuevos autores, que convocara unas tertulias, que se dirigiera a los grupos y escuelas privadas existentes, para que el Beatriz se rejuveneciese y convirtiese en la «mayor posibilidad» de la escena española de nuestra época.

Ciertamente, muchos grupos de cámara ofrecieron mediocres y aun infimas representaciones. ¿No era lógico?

¿Es que íbamos a tener, de la noche a la mañana, un buen teatro independiente? Había que empezar por medir las propias fuerzas. Y luego seguir. Viejos críticos, de los que «aman» abstractamente «a la juventud» —¿qué juventud será esa?—, arremetieron contra tales sesiones. Otros atacaron a Aúz por la «audacia» de alguna de las obras estrenadas. ¿Cómo era posible que con dinero del Ministerio de Información y Turismo, etc., etc.?

Algunos «carnetistas» se indignaron por el éxito del TEM y la Adria Gual. Nada de hablar de «Proceso a la sombra de un burro» o de «Ronda de mort a Sineria» [los carnets sindicales], ¡que se vean los carnets! Con lo cual, en definitiva, sancionaban muchas cosas que ya sabíamos, porque entre la media docena de las mejores, más oportunas y vivas compañías del teatro español de nuestros días están precisamente las del TEM y la Adria Gual.

En otras épocas, ciertamente, el Beatriz se hizo para atrás. De hecho, era una contradicción, porque nació con unos objetivos, y estos objetivos resultaban, desde otra perspectiva, inabordable. Vino ya la dimisión de Aúz y una tranquila agonía, en la que sólo Valle-Inclán ha puesto, con su obra, que no Loperena con su montaje, un estertor de rebeldía.

El Beatriz, en suma, ha probado con creces que podríamos tener otro teatro. Que no es un hecho fatal la general abulia y trivialidad de nuestras salas. Que el Estado, junto a sus teatros oficiales más académicos, debía tener esa especie de Royal Court en que pudo convertirse el Beatriz.

Esperemos ahora la labor de Mario Antolín. Ojalá el «director único» imprima al nuevo Nacional de Cámara la continuidad que en el Beatriz no se sostuvo. ■ J. M.

## SEIS MESES DE ESTABILIZACIÓN

### 4,2 por ciento aumentó el coste de vida

Aunque tal vez no haya transcurrido el tiempo suficiente para formular un juicio crítico de la repercusión de las medidas estabilizadoras sobre la economía nacional, parece ser que poco a poco van colocándose las piezas de este tablero de ajedrez que es la economía española en el lugar que les corresponde.

Como señalábamos a raíz de la devaluación, el Plan de Estabilización habría de recaer fundamentalmente sobre una medida bien conocida por los técnicos: la congelación de precios y salarios. Las restantes disposiciones, si bien podían contribuir en algún caso aislado a la estabilización económica, no pasaban de ser un conjunto de normas más espectaculares que operativas, dada la circunstancia, en los mecanismos sobre los que se asienta nuestro crecimiento económico.

Transcurridos estos primeros meses, si bien la congelación de sueldos y salarios se sigue manteniendo en la totalidad de las actividades económicas, no ocurre así con la contención de los precios, medida que, en principio, tenía que haber sido inseparable de la anterior. Aquellos primeros días en que numerosos comerciantes hacían declaraciones patrióticas y defendían con el honor la inalterabilidad de los precios, duraron escasamente unas pocas semanas; hecho que resulta lógico, ya que los mecanismos que promueven las alzas de precios no se suprimen con simples declaraciones de buena voluntad, o con improvisadas oficinas de vigilancia, cuya eficacia ha resultado ser extremadamente discutida. Así, por ejemplo, sube el precio de un determinado producto cuando la producción nacional es insuficiente para abastecer a la demanda, cuando existe una organización monopolista en la esfera de la producción o de la distribución, etc., etc., es decir, cuando «la escena está compuesta». Y así lo

ha estado la escena de la economía española en los últimos meses, a juzgar por la evolución experimentada por el índice del coste de la vida, o los precios al por mayor.

En efecto, desde octubre de 1967 a abril de 1968, el índice del coste de la vida se ha incrementado nada menos que un 4,2 por ciento. Las alzas de los precios al por mayor han sido muy superiores (5,7 por ciento desde octubre a marzo) que las experimentadas en este mismo período en los años 1965 y 1966, que fueron del 2,6 y 4 por ciento respectivamente, años en los que, como recordará el lector, no regían normas estabilizadoras.

En estas circunstancias —alzas importantes del coste de la vida y de los precios al por mayor—, la congelación de sueldos y salarios, aún vigente, constituye una dura y elocuente realidad. La eficacia de las autoridades laborales en la contención de los salarios y en la aplicación de un decreto-ley contrasta de manera palpable con la inoperancia de otros organismos en la contención de las alzas de precios y, por tanto, en el cumplimiento total de ese mismo decreto-ley.

Por último, parece necesario recordar que tras la aplicación de las medidas estabilizadoras, la Organización Sindical aceptó la congelación de sueldos y salarios, poniendo como condición que el coste de la vida no debería crecer en más de un 2,5 por ciento durante 1968. La aceptación entonces, por parte de la Organización Sindical, de un posible descenso en el poder adquisitivo del salario y su actitud, ahora, tras estos primeros resultados que ofrece el Plan de Estabilización, son los rasgos más significativos del perfil que divisamos al contemplar nuestra realidad económica, al cumplirse el primer semestre desde la devaluación. ■ A. L. M.



## CIVILIZACIÓN DE CONSUMO

### Mitos jóvenes y viejos

La civilización de consumo en la que vivimos o, mejor dicho, en la que se pretende hacernos vivir, necesita renovar, al mismo tiempo que los objetos, los mitos, también cosificados. Hace algún tiempo aquellos duraban años, lustros quizá. En la actualidad, con frecuencia, duran sólo semanas. Una publicación italiana, «L'Espresso», ha publicado recientemente un trabajo, titulado «Mitos viejos y mitos jóvenes», en el que analiza sistemáticamente cómo los mitos que hace apenas nada se consideraban absolutamente «in» son, a ojos de los jóvenes, que son, si no quienes los crean, sí quienes los «consumen», absolutamente «out». Así, en política italiana, al diálogo entre socialistas y católicos, entre laicos y confesionales, entre comunistas y conciliares, etcétera, de ayer, ha sucedido el antidiálogo, el desacuerdo, la «heretja», la puesta en tela de juicio global. A Nikita Kruschef, mito del deshielo, desacralizador de los mitos internos y externos, ha sucedido el de la guardia roja, como prueba

de que la lucha política cuenta más que el bienestar y el desarrollo tecnológico. En lo que se refiere a la popularidad, Marilyn Monroe, con su destino negativo y al propio tiempo heroico, ha dejado paso al doctor Barnard, «cuya aureola es la ambición». La pareja ideal compuesta por John y Jacqueline Kennedy es sustituida por la que forman Jean-Pierre Léaud y Anne Wiazemsky en «La chinoise». El planteamiento del matrimonio de «Jules y Jim», el film de Truffaut, es sustituido en las preferencias juveniles por el que hace Buñuel en «Belle de jour». En la canción, Bob Dylan reemplaza a Joan Baez; en cine, Enzo Doria, el productor de los más jóvenes y «enragés» realizadores italianos, Bellocchio y Sampieri, desbancan a Antonioni y Bergman... Frente a todo este instalar y bajar de su pedestal ídolos, sólo dos «mutantes» se mantienen en el candellero: los Beatles y Jean-Luc Godard, que siguen respondiendo, en sus modos de concebir la canción y el cine, a las exigencias de los jóvenes.

COLABORAN: Juan Aldebarán, César Alonso de los Ríos, Art Buchwald, Chumy Chámez, J. García de Dueñas, Eduardo G. Rico, Eduardo Haro Tecglen, Antonio Javaloyes, R. López Goicoechea, A. López Muñoz, Víctor Márquez Reviriego, José Monleón, César Santos Fontenla. FOTOS: Cifra y Archivo.